beza abrasada de fiebre se sostenia con dificultad sobre su cuello esbelto y delicado: su mirada escondida en las órbitas nada podia decir, y sus lábios inflamados y ardientes dejaban pasar con gran esfuerzo una respiracion penosa y entrecortada.

—Tia mia,—dijo asiendo la mano de su madre, como para darla valor, por medio de aquella dulce presion;—tia mia..... he oido lo que el médico ha dicho y yo anhelo mucho la visita del Supremo y eterno consolador; no temais, pues, llamarle, y si dispone de mi vida, estad prontas á dársela como yo.

Una hora despues, el Señor de los señores entraba en la alcoba de Isolina; á pesar de los horribles sufrimientos que experimentaba le recibió con una dulce alegría y con un tierno respeto, despues de una sincera y contrita confesion de toda su vida pasada.

Al dia siguiente, por la mañana, el médico llamó á parte á la madre de la enferma, y la dijo:

—Señora, la vida de su hija de usted está en salvo: mas su belleza se ha perdido para siempre.

—¡Hágase la voluntad de Dios!—murmuró Isolina, á cuyos oidos llegaron estas palabras:—¡el vivir es mi castigo: el vivir pobre, sin ilusiones, sin fortuna, sin belleza, sin juventud, es muy amargo! ¡pero yo acepto la vida como la expiacion de mi vanidad!

CONCLUSION.

—

Hace algunos años se veia todas las tardes dos personas que daban tres ó cuatro vueltas en la plaza de Oriente y se sentaban despues en uno de los varios bancos de piedra que la rodean. Esto sucedia en primavera, y se estaba á fines del mes de Mayo.

De estas dos personas, la una era muy anciana y la otra estaba en la edad madura de la vida: eran dos mujeres: la de más edad conservaba restos de una notable belleza á pesar de los sesenta inviernos y de los muchos dolores escritos en su frente: la otra, de unos cuarenta, tenia una de las figuras más bellas y más elegantes que es posible imaginar.

No se podia asegurar si su atractivo consistia en la armonía de sus formas ó en el aire elegante y distinguido de toda su persona. Acaso en ambas cosas; pero es lo cierto que llamaba la atencion de una manera irresistible.

No obstante, todo esto desaparecia al verse su rostro atrozmente marcado por las viruelas; l a terrible enfermedad habia devorado hasta sus ojos, que apenas se veian, tal era su extrema reduccion y pequeñez: asimismo habian desparecido sus cejas y sus pestañas: su frente desfigurada estaba llena de terribles señales; y solo su boca, aunque de lábios abultados por la enfermedad, conservaba un corte delicado y una blanca é igual dentadura semejante al nácar.

El traje de estas dos personas era más que modesto, pobre; pero la delicadeza de sus maneras, el mismo corte de sus vestidos de orleans negro, respondian de que pertenecian á una clase decente de la sociedad. Sentadas ya en el banco, al cual conducia con mucho amor la más jóven á la más anciana, vieron jugar y correr á los niños, dejando errar sobre sus lábios una sonrisa dulce y melancólica.

Una tarde, la más anciana, parecia más triste que de ordiuario: así que se sentaron, dejó escapar un suspiro y dijo á su compañera:

—Es para mí insoportable la idea de que por acompañarme á dar este paseo, tienes que velar toda la noche á fin de terminar esas costuras.

—Pues á la verdad, madre mia, que no debias pensar en eso,—repuso alegremente la otra.—A mí me conviene este rato de distraccion y de aire libre, tanto ó más que á tí.

En aquel momento una larga banda de presidiarios, unidos dos á dos por la cadena infamatoria, pasaron por delante de las dos mujeres, y uno llegó tan cerca, que la más jóven de las dos damas alzó la cabeza para mirarle. En el momento una palidez lívida cubrió sus facciones y sus lábios temblorosos murmuraron:

—¡Dios mio! ¡Es él!

Al eco de aquella voz, el desgraciado fijó sus ojos en la que habia hablado; la contempló un instante, y soltó una carcajada histérica y brutal.

—¡Cármen, ó Isolina, ó diablos!—exclamó;—¿sabes que has quedado bonita? A fé que ahora son dignos el esposo de la esposa. Nada tenemos que echarnos en cara, solo que mi fealdad es interna y no se vé, al paso que tú luces la tuya.

—¡Cielos, sería!...—exclamó la anciana, cuya voz temblaba convulsivamente.

—¡Sí, madre, es mi marido!—balbuceó Isolina en voz tan baja que apenas se la oia.

En aquel instante los presidiarios hubieron de detenerse: venia corriendo un soberbio carruaje tirado por dos magníficas yeguas.

En el fondo iban cuatro personas: el conde y la condesa de Royé, el príncipe de San Servando y una hermosa jóven con quien se habia casado.

La condesa María saludó desde el coche á las dos señoras pobremente vestidas, y dijo al príncipe:

—¡Vea usted á la gran artista á quien amó!

—¿Es Cármen? ¡La que conocí en Niza!

—La misma.

—¿No se casó con un título?

—Con un infame que la robó.

—¿Y ahora?

—Ahora está muy pobre, y vive y sostiene á su madre con el trabajo de sus manos.

El carruaje paró.

Pasaron tambien los presidiarios, no sin que el marqués de la Florida arrojase á su esposa un nuevo sarcasmo.

—Mañana salgo para el presidio de Cartagena, —le dijo:—¡si fueras aún jóven y bonita te invitaria á seguirme; pero ya no eres ni lo uno ni lo otro, y yo, aunque más viejo que tú y con los cabellos blancos, no gusto de espantajos!

—¡Hé aquí lo que dejé!—pensó Isolina, siguiendo con los ojos el opulento carruaje:—¡Hé aquí tambien lo que preferí!—añadió, siguiendo con una mirada de desolacion á los presidiarios que se alejaban.—¡Alas de Icaro! ¡Cómo os ha derretido el sol de la justicia Divina!

.....

Al dia siguiente, sentada Isolina ante una pobre mesita de pino pintada de oscuro, escribia una esquela muy corta; en tanto que su mano, que ostentaba una belleza soberana, trazaba aquellas líneas, caia de sus ojos una lágrima sobre el papel satinado y adornado con un nombre esculpido, bajo una lira de artística forma.

La esquela dice así:

"Príncipe: devuelvo á usted el socorro que más generosa que delicadamente se ha servido remitirme: tengo orgullo en trabajar para mi madre; y no me avergüenzo de que este trabajo sea el más modesto, y hasta el más humilde.

CÁRMEN."

Este era el nombre esculpido en la parte superior del papel.

II.

Dos años habian pasado desde la tarde de que acabamos de hablar; Isolina, vestida de negro, entraba en el cementerio de la Sacramental de San Justo, y se adelantaba con paso lento y triste hácia una de las galerías de la izquierda.

Se hallaba pálida y delgada, pero cuanto habia de mundano y material en ella parecia haberse fundido en una tranquilidad celeste.

Su misma fealdad se habia embellecido, su palidez hacia resaltar las hermosas madejas de sus cabellos negros, brillantes y naturalmente ondulados: su aire elegante era el mismo.

Llegó á una humilde tumba situada al fin de la galería, y se arrodilló delante de ella con las manos cruzadas y en actitud de humilde y fervoroso recogimiento.

Aquel sepulcro tenía, sin embargo de su pobreza, un aspecto decente: era un nicho colocado al lado del suelo y cerrado con una lápida de piedra blanca, en la cual habia esta inscripcion con letras negras:

«*Aquí descansa doña Magdalena Blarú, viuda de Herrera: rogad á Dios por su alma.*» Delante de la tumba habia tres macetas de flores: una corona de siempre vivas, esa modesta é inmarchita gala de las tumbas, la decoraba.

Isolina oró durante largo tiempo; ningun ruido turbaba el silencio del palacio de la muerte: el dulce canto de los pajarillos respondia á los pensamientos de paz y de consuelo que nacian en el alma á la sombra de aquella capilla y de aquel recinto donde el signo de la redencion amparaba por todas partes las cenizas de los muertos.

Cuando Isolina hubo acabado de rezar, murmuró la palabra *¡adios!* besó la lápida de la tumba y salió del apacible recinto.

III.

Pasemos quince dias más, y vamos, lectores mios, á la sala de presos del hospital de Cartagena, en la que solo hay algunas camas ocupadas por desgraciados que la sociedad ultrajada por ellos ha arrojado de su seno.

Todas aquellas caras mostraban, bien una feroz desesperacion, bien un amargo desaliento: una solo mostraba una expresion recogida, grave y casi dulce, aunque parezca extraña la reunion de estas expresiones opuestas.

El lecho en que yacía aquel pobre hombre estaba colocado en el ángulo más lejano de la puerta; á través de las ropas humildes, pero limpias del lecho, se veia su alta estatura y la belleza de una figura marchita por los años, y aún más por las penas y el dolor de árduas luchas; su cabeza, cubierta de espesos cabellos entrecanos, estaba ceñida con un paño blanquísimo, pero manchado de sangre. Sus ojos estaban guarnecidos de largas pestañas negras que hacian un extraño contraste con sus cabellos y barba canosos: aquellos ojos eran negros y hermosos.

Abrióse la puerta de la sala y una hermana de la Caridad entró seguida de uno de los servi-

dores del hospital, que llevaba una pequeña marmita de caldo, y en un cesto algunos platos, tazas y cucharas.

La hermana llegó con paso tranquilo y dulce á los piés de la sala: se arrodilló ante el hermoso crucifijo que presidia como una imágen de paz y de perdon, y oró durante algunos instantes en tanto que el enfermero colocaba las tazas en una mesa y las iba llenando de caldo.

Terminada su plegaria, se alzó y abrió una de las ventanas.

El aire tibio de una bella mañana de otoño penetró en la estancia cargado de aromas. El enfermo de que hemos hecho mencion, pareció aspirarle con mayor delicia que los demás y se incorporó trabajosamente en el lecho.

—Váyase usted,—dijo la hermana al enfermero,—yo daré el caldo.

—¿Usted sola?

—Sí, yo sola.

Obedeció aquel, y la hija de San Vicente se acercó hácia la primera cama.

—¡Cármen!—exclamó el enfermo,—¿no me aborreces de veras? ¿no ha sido un pasajero sentimiento de compasion al verme llegar herido lo que te hizo cuidar de mí? ¿no me ódias?

—No,—respondió ella,—eres mi marido.

—Soy un mónstruo de iniquidad; sobre todo para tí, á la que engañé y despojé indignamente.

—Tu culpa ha dado saludables frutos: si hubieras sido quien decias; si me hubieras llevado al seno del lujo y de la fortuna, no vestiria este hábito, no hubiera cerrado los ojos á mi pobre madre, no estaria el arrepentimiento en mi corazon.

—Eres una santa, Cármen.

—Soy una pobre mujer arrepentida y que adora las extrañas vías por las que Dios nos arranca del camino del mal.

—¿Y me perdonas?

—Con todo mi corazon.

—¿Por qué te has hecho hermana de la Caridad?

—Para venir cerca de tí, para consolarte y traerte al buen camino.

—¡Oh! ¡cuánto he sufrido!—exclamó el preso: —para salir del presidio, aunque fuera por la puerta de la muerte, reñí con uno de nuestros guardianes, le golpeé y conseguí venir á la enfermería..... de aquí saldré..... no, felizmente de aquí no saldré.

—¿Quién sabe?—dijo la hermana con dulzura. —Solo Dios tiene en su mano el hilo de nuestros destinos.

—¡Para qué quiero vivir! Por otra parte,—prosiguió el antiguo marqués de la Florida,—¡qué corta y qué desventurada ha sido mi carrera! ¡Aún no cuento cincuenta años y no hay dolor

que no me conozca como á su amigo! Nací de padres oscuros y pobres, y desde que supe pensar me devoró la ambicion de hacer fortuna: una sola vez amé y esa no fuí correspondido. ¡Ah! ¡si Emma Blarú hubiera escuchado mis votos, yo era aún hombre salvado! ¡Qué no hubiera yo hecho por ella!

—¡Cómo! ¿Has amado á Emma?—exclamó la religiosa.

—¡Con toda mi alma!... mas, perdóname, querida Isolina, cerca de la muerte no se miente: demasiado sabes que mi vanidad y mi sed de riquezas fué lo que me llevó hácia tí. Tú ya no eres mujer, eres un ángel y todo lo puedes oir.

La hermana hizo un movimiento de aquiescencia, y el enfermo prosiguió:

—La desgracia me llevó al crímen; te robé, y dado este primer paso, fáciles me fueron los otros; falsifiqué letras y fuí condenado á presidio... ¡Oh! tiene razon el capellan: el camino más fácil y más corto es el del bien.....

El preso cerró los ojos y quedó pálido é inmóvil; la hermana se inclinó sobre su lecho, le tomó la mano y empezó á hablarle dulcemente de la bondad y misericordia de Dios.

Ella sabia que la muerte acechaba ya su presa y que aquel hombre que tanto mal aparente y tanto bien real le habia hecho, iba á comparecer delante del tribunal de Dios.

. . . . . .

Un barco partia para el Africa de las costas de Cartagena algunos dias despues.

Pocos pasajeros iban en él: sobre la cubierta, una mujer vestida con el hábito de las hijas de San Vicente, leia con atencion en un libro de horas de un tamaño bastante grande: era alta, lo que se advertia claramente á pesar de estar sentada: su rostro estaba inclinado sobre el pecho y casi oculto por la blanca toca: nada oia y nada parecia ver de lo que pasaba en derredor suyo.

Así permaneció hasta que el barco, despues del cañonazo de despedida, se halló en alta mar: entonces cerró el libro, alzó los ojos al cielo, unió las manos, y murmuró:

—¡Ya estoy sola contigo, mi Señor y mi Dios! ¡tuya soy, y tuya solamente! ¡dispon de mí, y haz que el resto de mi vida espíe las faltas de mi juventud! Haz que pueda consolar á los que sufren, y dar la luz de la fé á los que no creen, y si es necesario, sea mi sangre el bautismo de esos países que aún yacen en las sombras de la idolatría!

IV.

Dionisia se casó con un honrado artesano: sus

hermanas fueron colocadas en casa de la misma modista donde trabajaba ella, y la buena Josefa, muerta la anciana abuela, fué de ama de llaves á casa de la condesa Royé.

Los niños pequeños aprendieron tambien un oficio y por la noche iban á dormir á casa de su hermana.

Nadie volvió á hablar de la hermana Cármen: en los apartados y remotos países á donde su fé la encaminó, halló la muerte, minada su vida por los árduos cuidados que dedicaba á los pobres salvajes. Nosotros podemos asegurar al lector que su muerte fué dulce, pues que la vida le habia llegado á ser del todo indiferente.

La noche misma de su muerte permaneció largo rato con los ojos fijos en el cielo, á través de las ventanas de su habitacion.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó:—¡dad alas á mi alma para elevarse hasta vos! ¡No os acordeis en vuestra misericordia de las de Icaro, que derritió el sol divino de vuestra justicia! ¡Las que os pido, las que anhelo, son las que puede prestarme vuestro amor!

FIN.

CO

L